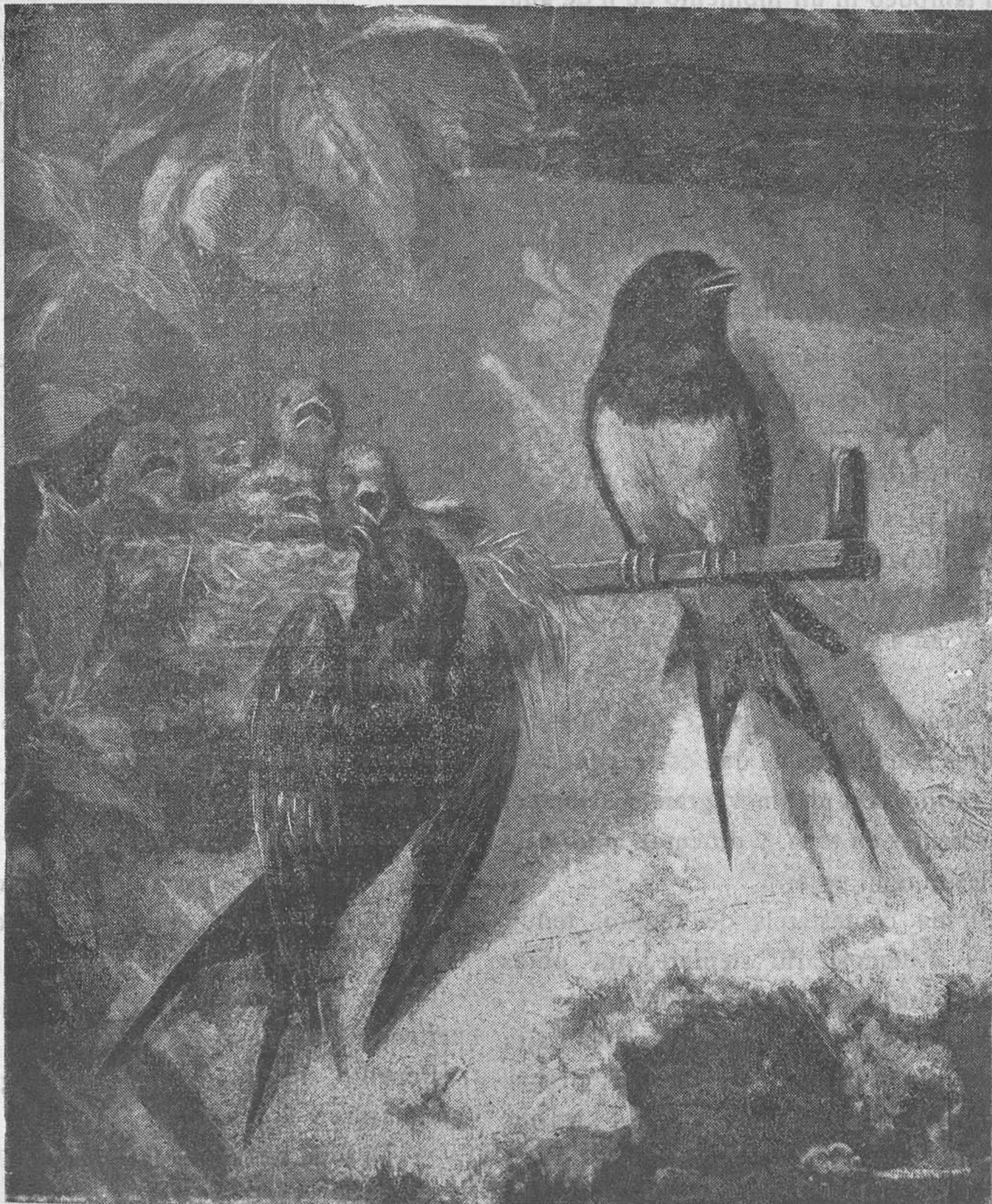


EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 3 DE MAYO DE 1931

NUM. 18



UNA PROLE HAMBRIENTA

UNA PROLE HAMBRIENTA

Cinco pajaritos se hallan en su nido blando y mullido.

No cesan de abrir sus piquitos en demanda de alimento pues un hambre voraz parece dominarles continuamente.

De aquí que sus amantes padres no cesen tampoco ni un momento de ir de aquí para allá a fin de proporcionarles el necesario sustento.

Mucho trabajo y fatigas les cuesta ir en busca de granos e insectos, con que poder saciar el hambre de sus hijuelos que nunca se ven hartos, pero lo hacen con mucho gusto y sin sentirse nunca cansados.

También hay familias, queridos lectorcitos en que los padres de varios hijos se ven en grandes apuros para sacarles adelante.

No falta el trabajo de la mañana a la noche, para que a sus hijos no les falte el pan cotidiano.

Todo lo sufren con placer con tal de que vean a sus hijos contentos y satisfechos.

Y decidme: ¿no os parece que vuestros padres son dignos de que correspondáis a su cariño, con un amor grande, siéndoles obedientes en todo, y procurando no causarles ningún pesar?

Sí, me contestaréis de seguro, todos. Pues a demostrarlo siempre, que obras son amores y no buenas razones.

Acordaos del mandamiento: Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que el Señor tu Dios te dará.

LOS ANDALUCES EN NUEVA YORK

Una mañana del mes de mayo desembarcaron en Nueva York varios andaluces. Ninguno de ellos hablaba el inglés excepto uno, llamado Pepeillo, que decía que lo hablaba mejor que Shakespeare.

Confiados en el conocimiento del inglés de su compañero, los andaluces decidieron dar un paseo por la ciudad para admirar sus muchas bellezas.

Lo primero que admiraron fué el Woolworth Building. Uno de ellos quería saber a quien pertenecía aquel edificio tan alto y dijo al andaluz que hablaba inglés mejor que Shakespeare:

—Amigo, usted que sabe inglés, pregunte a un policía a quién pertenece ese edificio tan alto.

El andaluz se acercó a un policía, y le dijo:

—¿Tu june belongue date buldo?

—I don't understand (1)—respondió el policía.

Pepeillo volvió a donde estaban sus compañeros y les dijo muy serio:

—Amigos, el policía me ha dicho que ese edificio tan alto pertenece a don Ondestén.

Los andaluces tomaron un tranvía y fueron a visitar el Museo de Bellas Artes. Después de admirar todas sus bellezas, uno de ellos dijo a Pepeillo:

—Pregunte usted a un guardia a quién pertenece este museo.

Pepeillo, sin aguardar más, se dirigió a un guardia y le preguntó:

—¿Tu june belongue date Museo?

(1) «I don't understand» quiere decir no entiendo.



—I don't understand—le contestó el guardia.

—Amigos—dijo Pepeillo a sus compañeros—el guardia me ha dicho que este Museo pertenece a don Ondestén.

—Debe de ser muy rico ese don Ondestén—dijo uno de ellos.

—Debe ser millonario—dijo Pepeillo.

Entonces fueron a dar un paseo por el Parque Central y uno de ellos le dijo a Pepeillo preguntara de quien era el Parque.

Pepeillo se dirigió inmediatamente a un policía y le preguntó:

—¿Tu june belongue diste parque?

—I don't understand—le contestó el policía.

—Amigos—dijo Pepeillo a sus compañeros—este parque pertenece también a don Ondestén. Ese hombre debe de ser muy rico.

—Aquí en América—dijo otro andaluz—hay muchos millonarios.

—Pero este don Ondestén—dijo otro—debe de ser multimillonario, porque todo Nueva York le pertenece.

Desde allí fueron los andaluces a visitar la Biblioteca Municipal. Pepeillo se acercó a un policía y le preguntó:

—¿Tu june belongue diste Biblioteca?

—I don't understand—le respondió el policía.

—Pues amigos—dijo Pepeillo a sus compañeros—está claro que todo Nueva York pertenece a ese hombre. El policía me ha dicho que esta Biblioteca pertenece también a don Ondestén.

Los andaluces asombrados de la riqueza de don Ondestén se dirigieron hacia su hotel que estaba cerca del muelle.

En el río vieron un vapor muy grande

con cuatro chimeneas. Uno de los andaluces dijo:

—Amigos, yo no he visto nunca un vapor tan grande. ¿Por qué no pregunta Pepeillo a un policía a quién pertenece ese vapor tan grande?

Pepeillo se acercó inmediatamente a un policía y le preguntó:

—¿Tu june belongue date vapor zo bigue?

—I don't understand—le respondió el policía.

—Pues amigos—dijo Pepeillo a sus compañeros—parece que todo lo que hay en América pertenece a don Ondestén. El policía me ha dicho que ese vapor tan grande pertenece a don Ondestén.

Los andaluces asombrados de la enorme riqueza de aquel hombre iban a entrar en su hotel, cuando vieron un entierro magnífico acompañado por innumerables automóviles.

—¡Qué entierro tan magnífico!—dijo uno de los andaluces—. ¿Por qué no pregunta usted Pepeillo, a quien llevan a enterrar en ese coche fúnebre tan lujoso?

Pepeillo se acercó inmediatamente a un policía y le preguntó:

—¿Tu june dey b inge tu burri en date coche zo lujorios.

—I don't understand—le respondió el el policía.

Pepeillo volvió muy triste a donde estaban sus compañeros y les dijo:

—Amigos, así son las cosas del mundo. Llevan a enterrar en ese coche fúnebre al amo de toda Nueva York. El policía me ha dicho que en ese coche llevan a enterrar a don Ondestén. Vean ustedes que poco valen las riquezas.

Los andaluces entraron en su hotel convencidos de que todo Nueva York pertenecía a don Ondestén, a quien llevaban a enterrar aquel mismo día.

EFFECTOS DE LA INDOLENCIA

(Continuación)

En cuanto a Lolita, su rabia no tuvo límites cuando oyó el elogio que hacía de Modesta la doncella de su madre.

Corrió a la habitación de su hermana; ésta había salido a buscar unas sedas; el bastidor estaba cerca del balcón. Lolita ciega de cólera, llegó a la mesa donde escribía Modesta, cogió el tintero y lo tiró en el bordado.

Ahora dijo sonriéndose a pesar de que sus labios temblaban y estaba pálida, ni ella se ocupa en cosas útiles ni yo tampoco; estamos iguales.

Se encogió de hombros, dejó el tintero sobre la mesa y se puso a mirar la tinta que iba extendiéndose rápidamente hasta que quedó la labor convertida en un borrón. Entonces percibió el ligero ruido de un vestido. Se volvió, era su madre. Lolita se quedó como la estatua de la mujer de Loth, sin atreverse a levantar los ojos del suelo; por las mejillas de la madre corrían dos gruesas lágrimas que la mala acción de su hija había hecho brotar; estuvo mirándola un momento, secó sus lágrimas, y para no amedrentarla demasiado:

—Muy bien, hija mía—la dijo—muy bien.

En aquel momento entró Modesta con

las sedas, miró al bastidor, luego a Lolita y comprendió lo que había pasado.

Otra en su lugar hubiera empezado a dar gritos y a reñir a su hermana, pero Modesta era muy prudente y se dirigió a su madre con las mejillas como una amapola.

—Mire usted mamá se me ha caído el tintero en el almohadón que estaba haciendo para los días de usted. En este momento ha entrado Dolores y le he dicho que me ayudara a limpiarlo para... y ya ve... usted... por...

—Basta, hija mía—dijo su madre advirtiéndole la turbación de Modesta y que mentía por la primera vez —Basta hija mía, continuó besándola en la frente, tienes un corazón muy hermoso. Y usted señorita...

Lolita no la dejó concluir y se arrodilló a los pies de su madre sollozando.

—Por favor, mamá, no me hable usted así, yo no lo volveré a hacer más; yo me corregiré.

Quizá fuera la única cualidad buena que tenía Dolores, la de humillarse a sus padres; pero su madre fué inflexible.

Levantó a su hija, la cogió por la mano tomó en la otra el bastidor y salió seguida de Modesta que iba llorando.

Su madre la condujo a la puerta de la quinta, la hizo levantar los bracitos por encima de la cabeza, colocó en sus manos el bastidor y le dijo:

—Está usted ahí hasta que yo la permita que entre.

Y se llevó a Modesta de la mano.

(Concluirá)